

En todo eres, Dorila,
Donosa, á todo sabes
Llevar, sin advertirlo,
Tus gracias y tus sales.
¡Feliz mil y mil veces
Quien en union durable,
De tí correspondido,
Cual yo merece amarte!

ODA XLIII.
DE LA NOCHE.

¡Dó está, graciosa noche,
Tu triste faz, y el miedo
Que á los mortales causa
Tu lóbrego silencio!
Dó está el horror, el luto
Del delicado velo
Con que del sol nos cubres
El lánguido reflejo?
¡Cuán otra, cuán hermosa
Te miro yo, que huyendo
Del popular ruido,
La dulce paz deseo!
Tus sombras qué stíaves,
Cuán puro es el contento
De las tranquilas horas
De tu dichoso imperio!
Ya estático, los ojos
Alzando, el alto cielo
Mí espíritu arrebatado
En pos de sus luceros.
Ya en el vecino bosque
Los fijo, y con un tierno
Pavor sus negros chopos
En formas mil contemplo.
Ya me distraigo al silbo
Con que entre blando juego
Los más flexibles ramos
Agita manso el viento.
Su rueda plateada
La luna va subiendo
Por las opuestas cimas
Con plácido sosiego.
Ora una débil nube
Que le salió al encuentro,
De trasparente gasa
Le cubre el rostro bello;
Ora en su sólio augusto
Baña de luz el suelo,
Tranquila y apacible,
Como lo está mi pecho;
Ora finge en las ondas
Del líquido arroyuelo
Mil luces, que con ellas
Parecen ir corriendo.
El se apresura en tanto,
Y á regalado sueño
Los ojos solicita
Con un murmullo lento.
Las flores, de otra parte,
Un ámbar lisonjero
Derraman, y al sentido
Dan mil placeres nuevos.
¡Dó estás, viola amable,
Que con temor modesto
Sólo á la noche fías
Tu embalsamado seno?
¡Ay! cómo en él se duerme
Con plácido meneo,
Ya de volar cansado,
El céfiro travieso!
Pero ¡qué voz suave,
En amoroso duelo,
Las sombras entenece
Con ayes halagüeños?
¡Oh ruiseñor enitad!
Tu delicado acento,
Tus trinos melodiosos,
Tu revolver inquieto,
Me dicen los dolores

De tu sensible afecto,
¡Felice tú, que sabes
Tan dulce encarecerlo!
¡Oh! goce yo contino,
Goce tu voz, y al eco
Me duerma de tus quejas,
Sin sustos ni recelos!

ODA XLIV.
EL PECHO CONSTANTE.

Combatida la encina
De huracanes terribles,
Inmóvil en su asiento,
Su estrépito resiste,
Por sus ásperas hojas,
Que sus alas oprimen,
Resonando los silbos
En quejido más triste.
Mas su ruda firmeza
Con el tronco compite,
Pues ni el choque las rompe,
Ni su empeño las rinde.
Y la copa ondeante,
Que á los cielos sublime
Sobre todos descuella,
Y á la selva preside,
Si en el horrído choque
Se domeña flexible,
Pasa el impetu, y se alza
Más lozana y más firme.
Sin cuidarse las aves
Que allí plácidas viven,
Si por fuera los vientos
Entre sí airados riñen;
Que por último en calma,
Con susurro felice,
De mecer, revolando,
Sus cogollos la sirven.
Otro tanto el escollo
Que los piélagos ciñen,
Y sus móviles golpes
Avanzado recibe.
Las negras tempestades,
La calma bonancible
De las olas turbando,
Con las nubes las miden;
De do, iguales á un monte,
Sobre él cayendo, gimen,
Y en su horrisono estruendo
Amenazan hundirle.
El, empero, inmutable,
Mientras más le persiguen
Los altísimos tumbos,
Más ufano se engríe;
Y ante el rígido ceño
De su frente invencible,
Sin ofensa las olas
Deshechas se dividen;
Que ya en cándida espuma
Se convierten, y humildes
Circundando sus plantas,
De su nieve lo visten;
Ya se tornan bramando
Por tentar nuevas lides,
Y él á nuevas victorias
Su dureza apercebe.
Hé aquí el pecho constante,
Que por más que se irriten
En su daño los hados,
No podrán sumergirle;
Encina en la firmeza
De sus hondas raíces,
Y á los golpes y agravios
Cual la roca inflexible,
Sin que nada plebeyo
Méno haga sus timbres;
Ni en sus labios la queja
Sus virtudes mancille.

ODA XLV.

LOS RECUERDOS DE MI NIÑEZ.

Qual un claro arroyuelo,
Que con plácido giro
Por la vega entre flores
Se desliza tranquilo,
Tal de mi fácil vida
Los años fugitivos,
Entre risas y juegos,
Cual un sueño han huido.
Veces mil este sueño
Repaso embebecido,
Sin poder arrancarme
De su grato prestigio.
Doquier en ocio blando,
Y entre alegres amigos,
Pasatiempos y bailes,
Y banquetes y mimos;
Las rosas de Cítéres,
Con los dulces martirios
Del Vendado, y á veces
De Baco los delirios;
Esperanzas falaces,
Y brillantes castillos,
En el viento formados,
Por el viento abatidos;
Coronando las Musas
Los graves ejercicios
De Minerva, y el lauro
Con que se ornan sus hijos.
Aquí entre hojosas calles
Mil encantados sitios,
Que aduermen y enajenan
Por frescos y sombríos;
Mas allá en los pensiles
De la olorosa Gnido,
Del pudor y el deseo
Mezclados los suspiros;
Y allí de las delicias
Segando el anecho rio,
Que brinda en sus cristales
De todo un grato olvido;
Con codiciosa vista
Su alegre márgen sigo,
Y á sus falaces ondas
Sediento el labio aplico.
Voy á saciarme, y siento
Que súbito al oído
Me clama el desengaño
Con amoroso grito:
«¿Dónde vas, necio? ¿dónde
Tan ciego desvarío
Te arrastra, que á tus plantas
Esconde los peligros?
»Conten el loco empeño:
Ese ominoso brillo
Que aún te fascina, iluso,
Va á hundirte en el abismo.
»De tus felices años
Pasó el verdor florido;
Y las que entonces gracias,
Hoy se juzgarán vicios.
»Ya eres hombre, y conviene
Dorar, arrepentido,
Con virtudes y afanes
Los errores de niño.»
Yo cedo, y del corriente
Temblando me retiro;
Mas vueltos á él los ojos,
Aun suspirando digo:
«¿Por qué, oh naturaleza,
Si es el caer delito,
Tan llana haces la senda,
Tan dulce el precipicio?
»Felices serás tantos,
Cuyo seguro instinto
Jamás sus pasos tuerce,
Jamás les fué nocivo!

ODA XLVI.

DEL MEJOR VINO.

Preciados son los vinos
Que en pródigo regalo
Dió á su feliz España,
Dorila, el padre Baco.
Uno el gusto y los ojos
Solicita saltando,
Si otro más los enciende
Con su punzante amargo.
Y el otro que á las bellas
Adula azucarado,
Al paladar endeble
Su ardor hace más grato.
Ornase cual la noche
De un velo, aquél, opaco,
Y éste fulgido brilla
Más que el oro en el vaso.
El Málaga es famoso,
Y á par que el jerezano,
La Nava y Alicante
Por siempre serán claros.
Entre cuantos penetren
Los íntimos arcanos
Del dios, y sus misterios
Celebran con aplauso.
Amor, Amor los hizo,
Pues ¡qué diré, si osara
Nombrarte sólo tantos,
Cual célebres se cuecen
En términos extraños!
Todos me agradan, todos
En los pechos humanos
El libre gozo engendran,
Disipan los cuidados.
Pero aquel que tú libas,
Y humedece tus labios,
Aquél es á los míos
El más sabroso y sano.

ODA XLVII.

DE LA NIEVE.

Dame, Dorila, el vaso,
Lleno de dulce vino;
Que sólo en ver la nieve
Temblando estoy de frío.
Ella en sueltos vellones
Por el aire tranquilo
Desciende, y cubre el suelo
De fulgidos armiños.
¡Oh! ¡cómo el verla agrada
De esta choza al abrigo,
Deshecha en copos leves,
Bajar con lento giro!
Los árboles, del peso
Se inclinan oprimidos,
Y alcorza delicado
Parecen en el brillo.
Los valles y laderas,
De un velo cristalino
Cubiertos, disimulan
Su mustio desabrigo.
Mientras el arroyuelo,
Con nuevas aguas rico,
Saltando bullicioso,
Se burla de los grillos.
Sus surcos y trabajos
Ve el rústico perdido,
Y triste no distingue
Su campo del vecino;
Las aves enmudecen,
Medrosas en el nido,
O buscan de los hombres
El mal seguro asilo;
Y el tímido rebaño
Con débiles balidos
Demanda su sustento,
Cerrado en el aprisco,
Pero la nieve crece,
Y en denso torbellino

La agita con sus soplos
El aquilón maligno;
Las nubes se amontonan,
Y el cielo de improviso
Se entolda pavoroso
De un velo más sombrío.
Dejémosla que caiga,
Dorila; y bien bebidos
Burlémos sus rigores
Con nuevos regocijos.
Bebamos y cantemos;
Que ya el Abril florido
Vendrá en las blandas alas
Del céfiro benigno.

ODA XLVIII.

LOS HOYITOS.

¡Sabes, di, quién te hiciera,
Idolatrada mia,
Los graciosos hoyuelos
De tus frescas mejillas?
¡Esos hoyos que loco
Me vuelven; que convidan
Al deseo y al labio,
Cual copa de delicias?
Amor, Amor los hizo,
Cuando, al verte más linda
Que las Gracias, por ellas
Besarte quiso un día.
Mas tú, que fueras siempre,
Aun de inocente niña,
Del rapaz á los juegos
Insensible y esquiva,
La cabeza tornabas
Y sus besos huías;
Y él, doblando con esto
Más y más la porfía,
Apretó con las manos,
En su inquietud festiva,
La tez llena, suave;
Y así quedára hundida.
De entonces, como á centro
De la amable sonrisa,
En ellos mil vivaces
Cupidillos se anidan.
¡Ah! ¡si yo en uno de ellos
Transformado... su fina
Párpura no, no ajara
Con mis sueltas alitas.
Pero tú, alevé, ries,
Y con la risa misma
Más donosos los haces,
Y mi sed más irritas.

ODA XLIX.

DE MI GUSTO.

Retórico molesto,
Deja de persuadirme
Que ocupe bien el tiempo,
Y á mi Dorila olvide;
Ni tú tampoco quieras
Con réplicas sutiles,
Del néctar de Lico
Hacer que me desvite;
Ni tú, que al feroz Marte
Muy más errado sigues,
Me angustias con pintarme
Lo horrendo de sus lides.
Empero habládme todos
De bailes y de brindis,
De juegos y de amores,
De olores y convites;
Que tras la edad florida
Corre la vejez triste;
Y antes que llegue, quiero
Holgarme y divertirme.

ODA L.

LAS PENAS Y LOS GUSTOS
FORMAN, MEZCLADAS, LA TELA
DE LA VIDA.

En las vueltas fugaces
Que en su invisible vuelo
Sobre mi frente ha dado,
Marchitándola, el tiempo,
Siempre vi sucederse
Las penas y el contento,
Alternados la tela
De mis años tejendo;
Sin lucirme ni un día,
Que por triste ó risueño,
Ni de bienes lo hallase,
Ni de lloros, exento.
Fui niño, y gocé alegre
De la niñez los juegos,
Que de un crudo pedante
Turbó el áspero ceño,
Cual con planta afanosa
Huye en alas del miedo
Un corro de aldeanas
De un fantástico espectro.
Si jóven, de Cupido
Ardí en los dulces fuegos,
Lloré á par los vaivenes
De mudanzas y celos;
Que en su copa engañosa
Siempre da el ceguezuelo,
Con el néctar de Jove,
De Cólcos los venenos.
Para mí de Minerva
Los afanes severos
Fueron, no una fatiga,
Sino un fácil recreo;
Pero al ver que mi frente
Se adornó con sus premios,
Me abrumaron los gritos
De un enjambre de necios.
Tomóme de la mano
La ambición un momento,
Para darme sus penas
Por el brillo de un puesto;
Do por un nombre vano
Y un forzado respeto,
Mi noble independencia
Ferió á crudos desvelos.
En la corte dolosa
Vi al favor, que halagüeño
Con mil gratos delirios
Embriagó mi deseo;
Mas de nubes y horrores
Vile en torno cubierto,
Su ominosa cadena
Degradando mi cuello.
Y en los altos banquetes,
Los brindis de Lico,
Y del dios de la mesa
Los sabrosos misterios,
Alternar confundidos
Con los torvos recelos,
O gemir congojados
En los brazos del tedio.
Los cantos de las Musas,
Y el laurel con que Febo
Ennoblecía sus hijos
Y eterniza sus versos,
La quietud y el olvido
Anhelar en secreto,
De la envidia acosados
Y su fétido aliento;
La amistad sacrosanta,
Su inefable embeleso,
Al acibar unidos
De un fatal rompimiento;
De los hombres y el mundo
Bullicioso el comercio,
Una inútil fatiga,
Y á mil trances sujeto;
El engaño mañoso

Los modales fingiendo
Del sencillo agasajo
Y el encono del cielo.
Todo, en fin, como Jano,
Con dos varios aspectos,
La alegría en el uno,
Y en el otro los duelos.
Así, de escarmentado,
Mucho más que de cuerdo,
Este mar de la vida
Ya sin susto navego.
Tan cauto en la bonanza
De arrostrar rumbos nuevos,
Como en las tempestades
De ceder á vil miedo;
Siempre firme esperando
Que mudándose el tiempo,
Pare el claro en lluvioso,
Y el nublado en sereno.

ODA LI.

DE MIS VERSOS.

Dicen que alegre canto
Tan amorosos versos,
Cual nuestros viejos tristes
Nunca cantar supieron.
Pero yo, que sin sustos,
Pretensiones ni pleitos,
Vivo siempre entre danzas,
Retozando y bebiendo,
¿Puedo acaso affigirme?
¿Pueden mis dulces metros
No bullir en las llamas
De Cupido y Lico?
¿Por qué los que me culpan,
De vil codicia ciegos,
Inicuos atesoran,
Y gozan con recelo?
¿Por qué en fatal envidia
Hierven, y horror, sus pechos,
Cuando riente el mio
Nada en genial contento?
¿Por qué afanados velan,
Mientras que en paz yo duermo,
Tras el fugaz fantasma
De la ambición corriendo?
¿Bien por mí seguir puede
Cada cual su deseo;
Pero yo, antes que al oro,
A los brindis me atengo.
Y antes que á negras iras
O á deleznales puestos,
A delicias y gozos
Libre daré mi pecho.
Vengan, pues, vino y rosas;
Que mejor que no duelos
Son los sorbos suaves
Con que alegre enloquezo.
Así á Dorila dije,
Que festiva, al momento
Me dió llena otra copa,
Gustándola primero;
Y entre mimos y risas,
Con semblante halagüeño
Respondióme: «¿Qué temas
La grita de los viejos?
» Bebamos, si nos riñen,
Bebamos y bailemos;
Que de tus versos dulces
Yo sola juzgar debo.

ODA LII.

EL CONSEJO DE MINERVA.

Triste el Amor un día
Quejóse á Citerea
De que el mundo sus aras,
Fementido, desdeña.
«Ya, decía, no hieren

Mis aladas saetas,
Que un tiempo el mismo Jove
Temblaba por certeras.
» Todos, madre, las burlan,
Y con risa celebran
Los suspiros y ruegos
Y mimosas querellas,
» Con que ántes mil beldades,
De gracia y rubor llenas,
Y miles de amadores
Me ornaban sus ofrendas.
» Estos sólo, orgullosos,
Por más fáciles, piensan
En vulgares banquetes,
Fastidiando mi néctar.
» Y las necias muchachas,
Mariposas ligeras,
El valor no conocen
De una afable entereza;
» Ni el imperio que alcanza
Sobre el mismo que ruega,
La inocente repulsa,
Que á más ruegos empeña;
» O cuál dobla sus nudos
La rendida fineza,
Y mis triunfos sazona
La dulce resistencia.
» Los benignos desdenes,
La picante reserva,
Las tímidas miradas,
La virginal modestia,
» Como sueños se olvidan,
Y se siguen y precian
El antojo voluble,
La liviana franqueza.
» Con que en pos las dulzuras
Que mi copa presenta,
Corren siempre; y burladas,
Solo acibar encuentran.
» Cual ilusos los hombres,
En su ardiente impaciencia,
Olvidando mi númen,
Á su sombra se entregan.
» Y de tí luégo, injustos,
Todos, madre, se quejan;
Y en los brazos del tedio
De mi nombre blasfeman.»
Oyó al penado niño
La severa Minerva,
Que á Citéres rogaba
Que sus gracias le ceda,
Para hacer de las liras
De cien claros poetas
Más plácidos los sonos,
Inmortales las letras;
Y en voz dulce le dice:
«Haz que lleyen tus flechas,
Si anhelas que tu imperio,
Rapaz, eterno sea,
» Entre las vivas llamas
Que tu aliento les presta,
Honor las de los hombres,
Pudor las de las bellas;
» Porque envuelva el decoro
Tus gustosas ofensas,
Y el rubor á la virgen,
Aun vencida, ennoblezca.
» Ellos entonces finos
Ansiarán tus cadenas,
Y en las snyas de flores
Gemirán fieles ellas.»
Dorila, en nuestros pechos
Amor hizo la prueba
Del celestial consejo
Que la diosa le diera.
Yo te amo cada día,
Mi bien, con más firmeza,
Y tú me correspondes
Más sencilla y más tierna.

ODA LIII.

EL NIDO DEL JILGUERO.

No hayas miedo que turbe,
Dichoso jilguerito,
Mi sacrilega mano
La quietud de tu nido.
Vela en él cuidadoso,
Vela tus dulces hijos,
Con tu amada partiendo
Tan precioso destino.
Yo me enajeno al verte,
Bullicioso y festivo
Ir y volver en torno
Con solícitos giros:
Ya posarte de un lado,
Y en un grato delirio
Celebrar tus venturas
Con armónicos trinos;
Ya piando alegarte,
Por dividir más fino
Entre su madre y ellos
Los besos de tu pico;
O en la menuda hierba
Buscarles con ahinco
El goloso alimento
De algun leve granillo;
En contraste gracioso
Con su verde subido,
De tu lindo plumaje
Lo bayo (1) y amarillo.
Tu feliz compañera,
Más atenta en su alivio,
De su seno amoroso
Les da en tanto el abrigo;
Y acá y allá escuchando,
El más leve rüido
De un ramillo, una hoja,
Se le abulta un peligro;
Y cobarde y (2) ahincada,
Los estrecha consigo
Más y más, donde suena
Fijos vista y oído.
Vuelyes tú, y se asegura,
Y en suavísimos pios
Las zozobras te cuenta,
Que su amor ha sentido.
Y los tiernos polluelos,
Abiertos los piquillos,
El tuyo solicitan
Con incesante grito;
Hasta que de tu seno
Les dispensas benigno
El sustento, calmando
Su voraz apetito;
Sin contarse un instante
En que menos activo
Los descuide tu anhelo,
Ni ceséis en sus mimos.
¡Avecillas felices!
¿Con qué placer envidio
Vuestra unión inocente,
La delicia en que os miro!
Vuestra viva impaciencia,
Y esos blandos suspiros,
Tantos queiebros y halagos
Sin cesar repetidos;
Todo, todo embriaga
De gozo el pecho mio,
Y en pos, loco, me arrastra
De mil dulces prestigios.
El cielo os libre, fausto,
Del gavilan maligno,
Como yo de los hombres

(1) En manuscritos del siglo XVIII dice, en vez de bayo, rojo, y parece más propio.

(2) MELLENDEZ escribió así esta frase en un principio. Después la substituyó con esta otra, *Con que tímida*, que nos parece menos clara y natural.

ODAS ANACREÓNTICAS.

Guardaré vuestro asilo;
Para serles ejemplo,
Con amor tan sencillo,
De paternal ternura,
De conyugal cariño.

ODA LIV.

EL CANTO DE LA ALONDRA.

¿Dónde estás, avecilla,
Que por más que en buscarte
Mis ojos por el viento
Solicitos se afanan,
Dar contigo no pueden,
Cuando tú te deshaces
En llenarlo armoniosa
De tus pios suaves?
¿Dónde estás! ¿cómo el vuelo
Tanto, alondra, encubraste,
Que la vista más lince
Desfallece en tu alcance?
Y tú el canto redoblas,
Y en más llenos compases
Ensdordecas la esfera
Y enmudeces las aves.
Tu sola voz se escucha,
Que en trinos penetrantes
Desciende de do el alba
Las puertas al sol abre;
Su alegre mensajera
Con música incesante,
Del sueño en que se olvidan
Llamando á los mortales,
A que gocen y admiren
La pompa con que nace,
Y empieza entre arreboles
Su trono de oro á alzarse.
Yo á todos me anticipo,
Y en este umbroso valle,
Durmiendo aún tñ, ya miro
Si rayan sus celajes;
Que nunca el dios del sueño
Visita favorable
Los pechos que suspiran
En duelos y pesares.
Tú cantas, avecilla,
Y en queiebros agradables,
Del júbilo en que hierves,
Pareces darnos parte.
Al nuevo día aguardas,
Sin miedo de emplearle
Ni en cargos que te abrumen,
Ni en necios que te enfaden.
Siguiendo en tus gorjeos
Y trinos celestiales,
Hasta que el sol en brazos
Se apaga de la tarde.
Y siempre exenta y libre,
Doquiera que te place,
Discurre vagorosa
Con ala revolante.
Ya plácida te meces,
Ya rápida te abates,
Ya recta te sublimas,
Doblando tus cantares.
La vista que te sigue,
No alcanza ya á mirarte,
O un punto te divisa
Inmóvil en los aires.
¡Dichosa tú, á quien enpo
Tan libre ser, y sabes
Sin velas ni zozobras
Pacífica gozarle!
Yo, atado á un triste cargo,
Cual siervo en dura cárcel,
No alcanzo de este suelo
Ni un punto á separarme.
Tus alas, tu soltura,
Tu independencia dame;
Yo iré donde á mi suerte
Jamás tu suerte iguale.

ODA LV.

Á ANFRISO.

Que ni la voz ni la lira son ya, por
mis años, á propósito para la poesía.

No suena ya, no suena
Mi lira, dulce amigo,
Cual en los faustos días
De mi verdor florido.
La voz quebrada y débil
Ya los sublimes trinos
Del ruiseñor no alterna,
Ni sus dolientes pios.
Un tiempo, cuando el alba
Aun con dudoso brillo
Sembraba por los prados
Su aljófar cristalino,
En pos de sus fulgores
Me oyera el bosque umbrío
Con balbuciente labio
Llamar al sol divino.
Me oyera en la alborada,
De alegres pajarillos
Seguir con voz suave
Su armónico bullicio.
Oyéranme las bellas
Más dulce y derretido
Pintar de sus encantos
La gloria y los peligros.
Y en unos lindos ojos
Gozándome cantivo,
Trocar, por apiadados,
Mis tonos en suspiros;
Suspiros que otra boca
Con mil donosos mimos
Tornar tal vez solía,
¡Yo estático de oírlos!
Luégo, en más altos modos,
Osé hasta el sacro Olimpo

Alzarme, y sus luceros
Cantar embebecido.
Cantar la inmensa lumbre
Y el alto señorío
Del claro sol, de Febe
Los rayos más benignos;
O por la humilde aldeá
Y el candido pellico,
Dejando de la corte
Los mágicos prestigios,
Se oyó por mí en el trono
Del Labrador sencillo
La voz, de la indigencia
Los misereros gemidos.
Entonces, ¡ay! entónces
Con generoso ahinco
Tras el sublime lauro
Volaba, ¡oh caro Anfriso!
Y el estro irresistible
Sintiendo el pecho mio,
Los dedos á las cuerdas
Corrieron sin arbitrio;
Sus voces celestiales
Hirieron en mi oído,
Y el labio á la alabanza
Se abría y á los himnos.
¡Afortunado ensueño,
Que en humo se deshizo
Al despertar, y en vano
Que hoy torne solícito!
Brillaba mi cabello
Dorado, luengo y rizo,
Al viento entrelazado
De rosa y verde mirto;
Y en mis rientes ojos,
Ora á la luz caídos,
Bullía el vivaz fuego
De mi candor festivo.
Hoy escarchar mis sienes
De nieve al tiempo miro,
Las rugas por mi rostro
Sembrar con soplo impio;
Desfallecer mi aliento,
Y hasta en el genio mismo
Ejercitar odioso
Su funeral dominio.
Pasó mi primavera,
Pasó el ardiente estío,
Y á par de la esperanza,
Los sueños y delirios.
Veloz el blando otoño,
Cual rando torbellino,
Que cuanto en torno alcanza,
Arrastra en pos consigo,
Huiráse muy más presto
Que el rayo fugitivo
Del sol, del mar sonante
Se apaga en los abismos.
Relámpago ominoso,
Que cruza de improviso,
Desvista y desaparece,
Envuelto en su humo mismo.
Ya ni mi labio al canto
Se presta, ni el hechizo
De la armonía al númen
Aguja entorpecido.
Muy más que de la nieve
Con los pesados grillos
Fenece inerte el grano
Del más preciado trigo.
Mi lira inútil yace,
Ni entre su horror sombrío
El genio de la noche
Desciende á mí propicio;
Cual ántes me inspirára,
Trepando hasta el empiro
En alas de la gloria
Mi espíritu atrevido;
La calma y el silencio
En blanda paz conmigo
Me aduermen en los brazos
Del ocio y del retiro;

Gimiendo escarmentado,
Si con pesar tardío,
Del hado y de los hombres
Los criminales tiros.
Tal navegante cuerdo,
Tras riesgos infinitos,
Ganar dichoso alcanza
Del puerto el fausto asilo.
Tú, en tanto, á quien los años
Y el claro dios del Pindo
Adulan, y en sus redes
Prendió el alado niño,
Feliz mis huellas sigue,
Y en dón bien merecido
Recibe, Anfriso amado,
La lira de Batilo;
La lira que á los cisnes
De nuestros sacros rios
Fué ejemplo á que cantasen
Con más acorde estilo.
Yo, en tus aplausos loco,
Mientras que al negro olvido
Me robas tú en tus versos,
Del mismo Apolo dignos (1).
Diré gozoso á todos:
«Si en tan excelso giro
Sobre los astros vaga,
Yo le mostré el camino.»

ODA LVI.

DESPUES DE UNA TEMPESTAD.

¡Oh, con cuánta delicia,
Pasada la tormenta,
En ver el horizonte
Mis ojos se recrean!
¡Con qué inquietud tan viva
Gozarlo todo anhelan,
Y su círculo inmenso
Atónitos rodean!
De encapotadas nubes
Allí un grupo semeja
De mal unidas rocas
Una empinada sierra;
Recamando sus cimas
Las ardientes centellas,
Que, del sol con las sombras,
Más fúlgidas chispean;
Y á sus rayos huyendo,
Ya cual humo deshechas,
A lóbrego occidente
Presurosas las nieblas.
De otra parte el espacio
Tranquilo se despeja,
Y un azul más subido
A la vista presenta,
Que en su abismo engolfada,
Las bóvedas penetra
Donde suspensas giran
Sin cuento las estrellas.
El iris á lo léjos,
Cual una faja inmensa
De agraciados colores,
Une el cielo á la tierra.
Y la nariz y el labio
Estáticos alientan,
Embalsamado el aire
De olorosas esencias,
Que el corazón dilatan
Y le dan vida nueva,
Y en el pecho no cabe,
Y en delicias se anega.
Derrámase perdida
La vista, y por doquiera
Primores se le ofrecen,
Que muy más la enajenan,
Aquí cual una alfombra

(1) Una hermosa canción en mi elogio,
llamándose con lisonja restaurador de la
poesía española.

Se tiende la ancha vega,
Y allá el undoso Duero
Sus aguas atropella.
Los árboles más verdes
Su hermosa copa ondean,
Do bullendo sacude
Cefirillo mil perlas.
Las mieses más lozanas
Sus cogollos despliegan,
Y sobre ellos se asoman
Las espigas más llenas.
Reanimadas las flores,
Levantán la cabeza,
Matizando galanas
Los valles y laderas,
Do saltando y volando
Con alegre impaciencia,
Las parlerillas aves
Se revuelven entre ellas;
Y en sus plumas vistosas
Mil cambiantes reflejan
Al sol, que sin celajes
Ya el cielo enseñorea.
¡Oh cuán rico de luces,
Cual vencedor atleta,
Entre llamas divinas
Centellante se ostenta!
¡Cuál su fúlgido carro
Con sosegada rueda
Bajando va, y las aguas
Sus fuegos reverberan!
Las aves al mirarlo,
Desatando sus lenguas
En suavisimos trinos,
El oído embelesan;
Y la tierra y los cielos
Con igual complacencia
En sus rayos se animan
Y su triunfo celebran.
Todo, en fin, cuanto existe,
Y envolvió en sus tinieblas
El nublado, ya en calma
Al júbilo se entrega;
Mientras ciega mi mente
De ver tantas bellezas,
En lugar de cantarlas,
Ni á admirarlas acierta.

ODA LVII.

DE MI SUERTE.

Perseguido y hollado,
Blanco puesto á las iras
Del poder, y en los grillos
De pobreza enemiga;
En olvido y en ocio
Fugitivos se eclipsan
Estériles los años
De mi cansada vida;
Y el brillo de la gloria,
Que inflamarme solía,
Y allanar el desco
Mil ilustres fatigas,
Despareció y ahogóse,
Cual se ahogaron mis dichas
En la fiera borrasca
Que anegó mi barquilla.
Pero en tantos reveses,
Aun las Musas benignas
A mi oreja se acercan,
Y sus cantos me inspiran;
Aun sus almos avisos
La sublime Sofía
Me dispensa, y sus voces
Mi bondad fortifican.
En sabrosas lecturas
Se me vuelan los días,
Sin formar una queja
Ni llorar una cuita.
La sencilla inocencia,
Que en mi seno se abriga,

Se acrisola en el fuego
Que el error ciego atiza.
Y adulándome grata
La jovial alegría,
Que cual Febo las nieblas,
Tal mis penas disipa.
Corre rápido el tiempo,
En que fiel la justicia
Mis trabajos consagra,
Su corona me ciña.
Con tan plácidos sueños,
Lleno de una delicia
Que jamas goza el crimen,
Y á la virtud envidia;
Mientras que los amigos
Con su blanda acogida,
De mi crudo destierro
Los horrores mitigan;
No truco, pues, mi suerte
Con el necio que brilla,
De oro y vicios cubierto,
Del favor en la cima;
Que si á par nuestros pasos
A la tumba caminan,
Yo una senda de flores,
Y él la sigue de espigas.

ODA LVIII.

Á LAS GRACIAS.

Si en mis sencillos versos,
¡Oh Gracias celestiales!
Vuestro mágico hechizo
Yo bosquejar lograse;
Si una fugaz centella
De aquel fuego inefable
Que en vuestro rostro ríe
Y en vuestros ojos arde,
A mi lira le diese
Los trinos y compases,
Que estáticas se llevan
Tras sí las voluntades;
Y á mi voz la dulzura
Y el agrado, que valen
Cuántas flores y adornos
Prodiga al genio el arte;
Si les diese el halago,
La delicia, las sales,
La feliz elegancia,
La negligencia fácil,
Que en vuestra amable boca
Entre el néctar suave
Que destila corriendo,
Cual de un venero nacen,
¡Cuál en júbilo herviera!
¡Cómo entonces radiante
Mi sien brillara, ungida
De rosas y azahares!
Y á un plácido abandono
Librándome, los aires
De gozo y armonía
Llenara en mis cantares!
Que vosotras ¡oh Gracias!
Con un mirar afable,
Un quiebro, un ay, que sola
Preciar la mente sabe,
Al pecho más de bronce,
De cera lo tornais,
Logrando que el más rudo
Más ciego os idolatre.
Y á la belleza misma
Sus más finos quilates
Gratas le dais, haciendo
Que vista y alma encante.
Vuestra es de la zagala
La ingenuidad amable,
Y el no buscado esmero,
La sencillez picante.
Una flor que donosas
Le poneis, más realce
Da á su cabello de oro

Que un fúlgido diamante;
Y á una sonrisa leve
De tal magia animais,
Que haceis que en mil delicias
Los pechos embriague.
Cual nada, sin vosotras,
Ni la hermosura vale,
Ni el más costoso adorno,
Ni el más esbelto talle.
De Armida los pensiles,
Como ahogados les falte
Vuestra mano hechicera,
Ya ominosos desplacen.
Cuando ella no dirige
Al genio de las artes,
Sus más sublimes toques
Sin luz ni vida yacen.
Citères no es la diosa
Que en su nudez coharde,
Sembrando ya mil risas,
De las espumas sale;
Ni Apolo el númen sacro
Que de Phiton triunfante
Con aire se sublima
Majestuoso y grande,
Y el verso más canoro,
Sin el subido esmalte,
La llama que invisibles
Vosotras le prestais,
Nunca será que el labio
De una bella lo cante,
Ni el gusto lo repita,
Ni venza las edades.
Vénus, la excelsa Vénus,
Si agradar quiere al padre
De los hombres y dioses,
Solicita al tocarse,
A su beldad celeste
Vuestra cintura añade,
De mimos y delicias
Tesoro inapreciable.
Preséntase, y su boca
Rosada no bien abre,
Ya Jove se embebece,
De amor los dioses arden;
Y en alegre murmullo
Resuenan, incensantes,
Del espléndido alcázar
Las bóvedas reales.
La virtud, Gracias puras,
La virtud que hace alarde
De hermanar con sus triunfos
El hombre á las deidades,
Os implora, benignas,
Y en sus rudos combates
Aun ansiosa procura
Con vosotras ornarse.
Y la verdad, en medio
De su fulgor brillante,
Risueña con vosotras
Se alinea y se complace;
Porque su voz sagrada
Así los pechos halle
Más gratos, y sus fueros
Más dóciles acaten.
Pues ¿qué de la inocencia?
La candidez quitadle,
Y en ella á sus mejillas
Las rosas virginales;
Quitadle el embarazo,
Los tímidos celajes
En que el pudor se envuelve
Solicito en guardarse;
Las ansias, las zozobras
Con que anhelo bate
Su seno puro, tiembla,
Si tiene que mostrarse;
Y veréis cuál en humo
La ilusión se deshace,
Que á rendirle nos lleva
Tan dulce vasallaje.
Que á todo, á todo, diosas,

ODAS ANACREÓNTICAS.

Vuestra presencia añade
Una aroma, un prestigio,
Y elegancia y donaire,
Que los ojos deslumbran,
Las almas satisfacen,
Y en vínculos de flores
Ciegas en pos las traen.
Curad, pues, que mis versos,
Si idólatra constante
Anhelé desde niño
Seros siempre agradable,
Por vuestros se distingán,
Que aunque el estro les falte,
Ya haréis, amables magas,
Que duren inmortales.

ODA LIX.

Á MI LIRA.

¡Será que salvar logren
Mi nombre del olvido,
Oh lira, de tus cuerdas
Del popular estruendo;
Cantarémos, amigo,
Y que el poeta amable
De Baco y de Cupido
Resuene con sus versos
En los lejanos siglos?
Si, que así lo afirmaron
Con acento benigno,
Cuando á las dos deidades
Me consagré de niño.
Dijéronme: «Tú canta,
Rapaz sensible y fino,
De mis llagados pechos
Las llamas y carinos;
»Y en las alegres mesas
Haz que mis dulces vinos
Agraden más al labio,
Célebres ya en tus himnos;
»Y verás cuál las gentes,
Con benévolo oído,
Te acogen por humilde,
Te imitan por sencillo;
»Cómo Febo y sus Musas
El lenguaje florido
De Villegas y Laso
Renuevan en tus trinos,
»Y en las alas del gusto,
Si hoy les dan grato abrigo
Las florecientes vegas
Del Tórmes cristalino,
»Por tu España discurren,
Y con vuelo atrevido,
El Pireneo traspasan
Y el nevado Apenino;
»Sin cesar hasta donde
Con alto señorío
Méjico entre las aguas
Su trono fijó altivo;
»Y el felice limeño
Goza en su valle, unidos
Del Mayo entre las rosas,
Las mieses y racimos.
»Deja que otros se encumbren
Allá sobre el Olimpo,
Y hasta del sacro Jove
Indaguen los designios;
»Que la brillante gloria
Los lleve embebecidos
Tras el sublime lauro,
Sin miedo á sus peligros.
»Tú, apocado y humilde,
Prefiere en tus destinos
A las palmas guerreras
El pacífico olivo;
»Que risueñas las Gracias
De la olorosa Gnido
Te ofrecen ya las flores,
Y Citères sus mirtos.»
Dijeron las deidades:
Yo, fiel á sus avisos,

ODA LX.

Á UN AMIGO, EN LAS NAVIDADES.

Templa el laud sonoro
Del lírico de Teyo,
Y un rato te retira
Del popular estruendo;
Cantarémos, amigo,
Con alternado acento,
En días tan alegres,
Sus delicados versos;
Sus versos, que del alma
Las penas y los duelos
Disipan, cual ahuyenta
Las nubes el sol bello.
Y el inocente gozo,
Las Gracias y el risueño
Placer nos acompañen,
Y enciendan nuestros pechos;
O en el hogar sentados,
Las Musas y Liéo
Nos diviertan, y burlen
Las furias del Enero.
¡Qué á nosotros la corte
Ni el mágico embeleso
De confusiones tantas,
Cual sigue el vulgo necio?
El sabio se retira,
Y admira dende léjos
Del mar alborotado
Las olas y el estruendo.
Gozoso en su fortuna,
Su rostro está sereno,
Sus manos inocentes,
Tranquilos van sus sueños;
Ni el oro le perturba,
Ni adula al favor ciego,
Ni teme, ni codicia,
Ni envidia, ni da celos.
Por eso entre sus vinos,
Sus bailes y sus juegos,
De sabio dieron nombre
Los siglos á Anacreón;
Mientras el de Estagira,
Del Macedon maestro,
Con obras inmortales
No alcanzó á merecerlo.
La vida es solo un punto,
Las honras humo y viento,
Cuidados los tesoros,
Y sombra los contentos.
Feliz el sabio humilde,
Que en ocio vive, exento
De miedo y esperanzas,
Bastándose á sí mismo.
Un libro y un amigo
Pacífico y honesto
Le ocupan, le entretienen,
Y colman sus deseos.
Alegre el sol le naee;
De noche el firmamento
Consigo le enajena
En pos de sus luceros,
Sus horas deliciosas
Cual plácido arroyuelo
Se pierden, que entre flores